

Un 'curanto' arqueológico en Fiordo Aysén (45°S): ¿Receta chilota o prehispánica?

Leonardo Pérez-Barría

Área Paleontología, Museo Nacional de Historia Natural, Parque Quinta Normal s/n, Santiago, Chile.
Correo-e: leonardo.perez@mnhn.cl

Sebastián Escobar Pinto

Arqueólogo. Consultora Caucahue. Casilla 452, Coyhaique.
Correo-e: arq.escobar@gmail.com

Miguel Ángel Azocar

Área Antropología, Museo Nacional de Historia Natural, Parque Quinta Normal s/n, Santiago, Chile.
Correo-e: miguel.azocar@mnhn.cl

An archaeological 'curanto' in Aysen Fjord (45°S): a recipe from prehispanic times?

RESUMEN:

Se discuten los antecedentes del sitio Ensenada Baja-01 (oriente del Fiordo Aysén, Chile) a través de un re-análisis de líticos, restos alimenticios y fechados directos sobre carbón y valvas. Los materiales provienen de un rescate arqueológico y corresponden mayormente a elementos históricos de siglo XX, junto con otros de carácter prehispánico descontextualizados de la estratigrafía. Sólo un rasgo principal fue preservado parcialmente *in situ*, revelando la existencia de un depósito alóctono de origen antrópico, bien acotado, compuesto por guijarros redondeados seleccionados, con trazas de fuego y termofractura, asociado con restos alimenticios de fauna marina (mariscos y pescado), no calcinados. La evidencia resulta ser consistente con la técnica de cocción con piedras calientes conocida en el extremo sur de Chile como 'curanto'. El rasgo es datado (^{14}C) entre mediados de siglo XV y mediados de siglo XVII, siendo la primera evidencia sobre el uso de esta técnica anterior a la colonización sistemática de la región de Aysén (S. XX). Coherente con las fechas, este 'curanto antiguo' sólo muestra ingredientes nativos. Aquí proponemos que dicho rasgo habría sido el resultado de la actividad de canoeros de la etnia Chono, y no de chilotos en su sentido cultural. El actual "curanto chilote" correspondería más bien a una adaptación post-contacto, derivada de una forma elemental prehispánica, la cual habría adquirido su conformación presente recién en tiempos de la colonia con la introducción de variados alimentos traídos desde Europa. Finalmente, las características claves que diferencian un curanto de un conchal y un fogón típico son abordados, considerándolo como un paso previo fundamental para la comprensión del origen y evolución de esta particular técnica culinaria en la Patagonia occidental.

PALABRAS CLAVE: Cazadores recolectores, arqueología marítima, Patagonia, cocina tradicional.

ABSTRACT:

This paper focuses on the archeological evidence of Ensenada Baja-01 archaeological site (East of Aysen Fjord, Chile) and presents a review of its lithic artifacts, food remains, and radiocarbon dates from charcoal and seashells. The findings which were obtained from an archaeological rescue are mainly historical artifacts from the 20th Century, related to other pre-Hispanic elements without a clear stratigraphic context. Nonetheless, a relevant archaeological feature was partially preserved *in situ* showing a well-delimited anthropic deposit, which consisted of thermo-fractured pebbles linked to marine fauna remains (shellfish and fish). These findings are consistent with Southern Chilean cooking practices characterized by the use of fire-heated round pebbles currently named as 'curanto'. The archaeological feature has been dated by radiocarbon between mid-15th to mid-17th Centuries, and provides the first known evidence for 'curantos' prior to Aysen Region colonization in the 20th Century. According to the radiocarbon dating, the archaeological feature displays only the presence of native food ingredients. This paper argues that this 'ancient curanto' was possibly the result of a maritime hunter-gatherer (Chono) activity in Southern coast of Chile and not just a product of ethnographic 'Chilote' populations. The "Chilote curanto" would correspond to a later adaptation popular in Chiloe Island, which gained its current shape with the introduction of foreign food products during the Spanish colonization. Thus, in this article we summarize key aspects that distinguish a 'curanto' from a shell mound or a typical hearth, considering that this is a crucial step to deepen the understanding on the origins and evolution of this particular cooking practice in Western Patagonia.

KEYWORDS: Hunters gatherers, maritime archaeology, Patagonia, traditional food.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barra, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

INTRODUCCIÓN

El curanto, del vocablo mapuche “*kurantu*”, significa pedregal, empedrar o cúmulo de piedras. Es por excelencia la preparación alimentaria más icónica de Chiloé y ciertamente una de las manifestaciones de identidad y sentido de pertenencia más significativa para los habitantes de esta zona austral de Chile. Hoy es considerada tradicional y frecuentemente asociada con las actividades que promueven el encuentro, ya sea una reunión cooperativa (e.g.: minga), de identidad ancestral, celebraciones religiosas, deportivas o cualquier otra de índole festiva y comunitaria.

En un “curanto chilote” los alimentos son preparados en una oquedad sub-superficial excavada en el suelo - el hoyo - donde el fuego se acompaña de un gran número de clastos seleccionados manualmente (piedras, guijarros). Una vez calentadas se retira el fuego y las brasas sobrantes para verter los productos alimenticios, permitiendo la cocción pasiva a través de la radiación del calor capturado. La forma típica, tal como se le considera actualmente, incluye como parte de la técnica la cobertura del cocimiento con varias capas de hoja de nalca – *Gunnera tinctoria* - (Cárdenas *et al.* 1991; Rivas y Ocampo 2005), de modo que el calor generado y la humedad perduran formando una cámara que concentra los jugos y sabores. Las hojas eventualmente pueden ser reemplazadas por sacos (Cárdenas *et al.* 1991). Usualmente se sobre-cubre con restos de pasto y tierra para sellar la preparación, controlando la pérdida de calor y humedad generados durante la cocción.

El recurso alimenticio y componente fundamental del curanto (*sensu stricto*) son los mariscos (Cavada 1910; 1921), palabra latina que significa recogido del mar (*mare isco*), y que agrupa principalmente a los bivalvos comestibles vertidos frescos en sus conchas articuladas y cerradas. Los ejemplares abiertos son descartados ya que pueden presentar signos de descomposición. Las especies más comunes son por excelencia las cholgas (*Aulacomya atra*) y choritos (*Mytilus chilensis*). Eventualmente también choro zapato (*Choromytilus chorus*), almejas (e.g.: *Ameghinomya antiqua*) y crustáceos como los picorocos (*Austromegabalanus psittacus*), son agregados cuando éstos están disponibles. El pescado y otras carnes, tanto frescas como ahumadas, pueden ser agregados al cocimiento reforzando la variedad alimentaria. Otro elemento considerado fundamental son las papas (*Solanum* spp.), extremadamente variadas en esta región del planeta (ver Pérez 2004; Spooner *et al.* 2005; Bahamonde 2017), milcaos (tortilla en base a papa cruda y cocida) y chapaleles (que incluyen harina de trigo) también suelen ser agregados.

Debido a la abundancia y diversidad de productos del mar y la tierra, el “curanto chilote” es considerado un

verdadero festín de sabores, aromas y texturas, pudiendo congregarse desde pequeños grupos (e.g.: una familia) hasta decenas de personas en un mismo lugar.

A pesar de su importancia cultural, el origen de esta preparación y su relación con los pueblos prehispánicos locales, así como las características que lo hacen distinguible dentro del registro arqueológico, siguen siendo un tema poco explorado. Curantos antiguos fuera de Chiloé tampoco habían sido documentados y su posible presencia u origen entre las culturas de canoeros nómades, una posibilidad abierta, no han sido evaluadas con detenimiento.

ENTORNO NATURAL Y PUEBLOS COSTEROS

Hacia el extremo sur de Chile, desde la isla grande de Chiloé y hasta las regiones más australes (42°S-56°S), se extiende un vasto y agreste territorio caracterizado por el desarrollo de una geografía fragmentada colmada de archipiélagos, montañas, lagos y fiordos, que son el resultado del efecto de la abrasión glacial y la tectónica desde el Pleistoceno (ver Glaser *et al.* 2004; Breuer 2013). Hacia el oriente de Aysén, Magallanes y en Tierra del Fuego, se abren paso la estepa semidesértica, la que se extiende mayormente hacia el territorio argentino. En la costa el clima es dominado por las bajas temperaturas y una alta pluviosidad durante la mayor parte del año, lo que favorece el desarrollo de un bosque denso siempre-verde montano (Gajardo 1994; detalle descriptivo en Darwin [viajes entre 1831-1836], ver Gil 1944). Aquí predominan coihues (*N. dombeii*), cipreses (*P. uviferum*), mañíos (*P. nubigenus*), tepas (*L. philippiana*) y canelos (*D. winteri*), también chilcos (*F. magellanica*) y calafates (*B. microphylla*), además de las nalca (o pangues) y una importante diversidad de musgos, hongos y líquenes.

En este entorno natural, que impresiona tanto por su belleza como por su dramatismo escénico, se desarrollaron varias culturas de cazadores recolectores nómades, pescadores y agricultores. Destacan para tiempos históricos la cultura Chilota (Chiloé y los archipiélagos adyacentes), y hacia el sur en tiempos pre y post hispánicos la de los Chonos y Kawésqar, y Yaganes (en el margen costero de Tierra del Fuego).

Si bien existen algunos estudios etnográficos que describen con claridad los aspectos básicos del modo de vida ancestral de los canoeros, además de un importante registro arqueológico que dan cuenta de un pasado milenar en los fiordos australes, poco sabemos acerca de ciertos aspectos singulares en torno a la alimentación. Si bien, la dieta de los canoeros incluyó a varias especies de caza (e.g.: lobos de mar, cetáceos, aves), la pesca y la recolección de recursos bentónicos, poco sabemos de este último en épocas prehispánicas más allá de la existencia de conchales.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barra, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

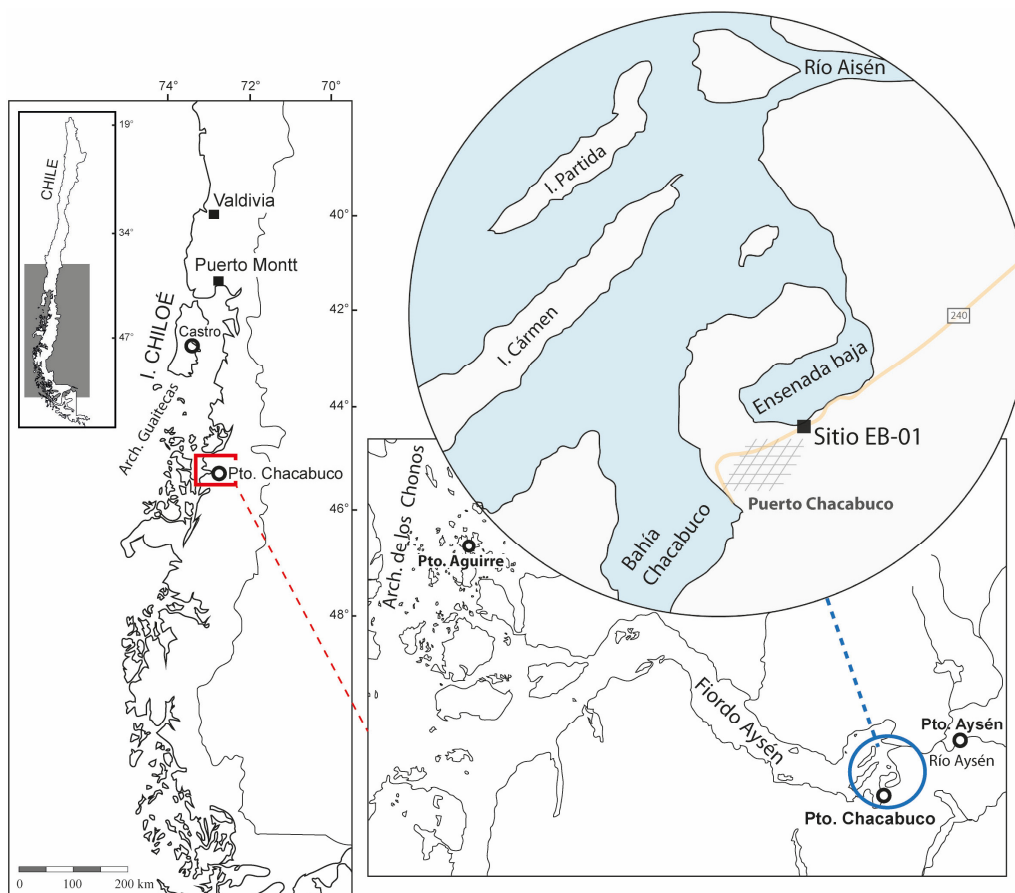


Figura 1. Ubicación del sitio Ensenada Baja 01 (EB-01). El área de estudio se encuentra en el margen sur de Ensenada Baja, a unos 14 km de Puerto Aysén a través de la ruta 240 en dirección a Puerto Chacabuco.

EL SITIO EB-01: UN CURANTO ANTIGUO MÁS ALLÁ DE CHILOÉ

En el extremo oriental del Fiordo Aysén (45°27'S-72°48'S) se ubica una entrada de agua con boca estrecha y rodeada de montañas denominada Ensenada Baja (Fig. 1). Se trata de un refugio abrigado y protegido de las tempestades y marejadas, utilizado actualmente como puerto natural y área propicia para el desarrollo de proyectos relacionados a la actividad salmonicultura y pesquera.

En el año 2013, la remoción en masa de tierras con retroexcavadora para la construcción para un varadero dio lugar al reconocimiento accidentalmente del sitio EB-01 (Sade 2013). Este se emplaza a unos 50m por encima de una playa estrecha de arenas oscuras, bolones y bloques polimícticos. Desafortunadamente la mayor parte del sitio fue destruido con la consecuente descontextualización de sus elementos culturales. Sin embargo, en uno de los perfiles fue preservado parcialmente *in situ*, un rasgo discreto compuesto por la

asociación de clastos termo-fracturados y restos alimenticios de origen marino, insertos dentro de una zona perturbada (Fig. 2). Esto fue interpretado preliminarmente como un posible curanto del periodo de contacto (Sade 2013; Sade *et al.* 2015, 2016).

Actualmente el área se encuentra afectada por la roza y la quema de bosque, empleados desde tiempos históricos para despejar los terrenos. También existen algunas casas y accesos viales rústicos de ripio. La introducción de ganado lanar y ovino han contribuido a la alteración del suelo a través del pisoteo. Desechos industriales plásticos están dispersos por gran parte del área, los que en conjunto con la quema han alterado significativamente el paisaje arqueológico.

En este trabajo nos enfocamos en discutir e ilustrar las evidencias que sustentan la asignación preliminar a un curanto, además de evaluar su posible edad y adscripción cultural. También abordamos las directrices diagnósticas básicas para el reconocimiento de un rasgo tipo curanto en contraste con un conchal y fogón típico.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barra, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenologia 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

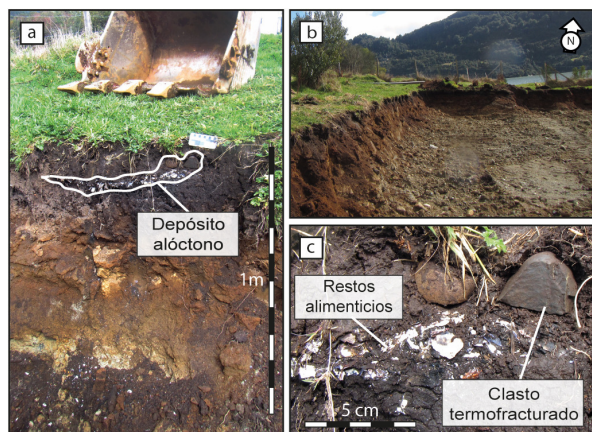


Figura 2. Contexto de hallazgo en el sitio EB-01. a) Perfil expuesto donde se delimita un depósito alóctono lenticular. b) vista general hacia la sección removida por la retroexcavadora. c) acercamiento general de los clastos y restos alimenticios vistos *in situ*.

MATERIALES Y MÉTODOS

Los materiales recuperados fueron resultado de una maniobra de rescate arqueológico efectuado ante la inminente destrucción del sitio (Sade 2013). Los trabajos incluyeron el hurneo de sedimentos descontextualizados y el levantamiento del rasgo principal *in situ*, donde se tomaron las muestras para fechados Rc. Se identificó lítica tallada, pulida, clastos termofracturados y restos óseos animales. Éstos fueron trasladados al Centro de Ecosistemas de la Patagonia (Coyhaique), donde se practicaron los primeros estudios básicos.

Con posterioridad, se llevó a cabo la identificación taxonómica de la fauna del rasgo principal y los análisis macroscópicos de los líticos asociados al supuesto curanto. Éstos se efectuaron en el Área Paleontología del Museo Nacional de Historia Natural, Santiago (MNHN). La malacofauna fue identificada de acuerdo a estructuras diagnósticas visibles en la superficie externa e interna de las conchas. Uno de los restos, un hueso cuadrado de pez, fue identificado tomando en consideración los trabajos de Falabella *et al.* (1995) y Delpiani *et al.* (2012), junto con la comparación de huesos craneales de referencia disponibles en la colección osteo-ictiológica del Área Zoología de Vertebrados del MNHN.

La datación del rasgo se obtuvo directamente por fechado de una valvas de *Aulacomya atra* procedente del interior del rasgo mismo (Fig. 2c). El valor promedio de la desviación de carbono por efecto reservorio (DeltaR) considerado en este trabajo fue estimado recientemente para los fiordos australes en 52 ± 47 (Merino-Campos *et al.* sometido a Radiocarbon). Otros fechados se realizaron por AMS sobre espículas de carbón provenientes de un

contexto diferente, del perfil este y sur. La respectivas fechas calendario se obtuvieron con $2 \sigma'$ en OxCal v4.3 (Bronk Ramsey 2009) con curva de calibración ShCal 13.14c (Hogg *et al.* 2013).

RESULTADOS

ANÁLISIS DE CLASTOS

Los clastos recuperados son relativamente homogéneos en composición, tamaño y forma. Mayormente son de origen granítico y volcánico, de entre 7 y 20 cm, con buen redondeamiento y esfericidad (Figs. 3, d-g). Estos se hallaron dispuestos en la zona perturbada (destruida parcialmente por la remoción), cubriendo ca. de 1,5 m² de superficie vista.

Los clastos presentan claros signos de exposición al fuego, lo cual está evidenciado por la presencia de trazas de carbón, cenizas y hollín aun adheridas, con evidentes cambios de coloración marrón y gris oscuro (Fig. 3b y c; n=34). Algunos clastos presentan una ceniza compactada de aspecto aglutinado, adherida a una de las caras (Figs. 3b, e y g).

Sade (2013) y Sade *et al.* (2015, 2016) reportaron que dentro del rasgo se encontró un sobador de mano con pulimento en ambas caras (probablemente por uso). Dicho clasto presenta una importante fractura a lo largo de su eje axial. Este se halló articulado, sin desplazamiento y presentando claros cambios de coloración marrón (Fig. 3a). Lo anterior, es interpretado como el resultado de una acción física local derivada de los ciclos de calentamiento y enfriamiento bruscos, los que dieron lugar a la termofractura del bloque. Así mismo, otros líticos se encuentran también termofracturados y desarticulados, al tiempo que otros presentan únicamente cambios coloración (marrón y grises oscuros mayormente). En otros también se observan fisuramiento o clivaje incompleto (Fig. 3c).

Dos líticos tallados (lasca y guijarro partido) fueron recuperados del hurneo (Sade *et al.* 2015, 2016). Desafortunadamente no es posible recuperar su posición estratigráfica y evaluar adecuadamente su posible vínculo con el rasgo analizado.

Los clastos estudiados no corresponden a la naturaleza del estrato portador (suelo arcilloso), tampoco los son, los restos asociados de fauna marina. No se encontraron gravas ni otras granulometrías fuera del rango entre 7 y 20 cm, ni tampoco otros clastos notoriamente diferentes (e.g.: angulosos). Lo anterior, es evidencia que sustenta la idea de una selección de tamaños y formas, y la proveniencia desde una fuente alóctona.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenologia 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849



Figura 3. Algunos de los clastos representativos del rasgo principal de EB-01. a) Bloque con cambios de coloración marrón y termofractura a lo largo del eje axial. b) Muestra restos de carbón y cenizas aún adheridos al clasto. c) clasto con fisura, o clivaje incompleto, con restos de hollín y cenizas en la superficie. d, e, f y g) diversidad general de tamaños y formas. Estos varían entre ca. 7 y 20 cm. El clasto de mayor tamaño (g) muestra ceniza compactada en la superficie - probablemente aglutinada - (véase también en b y e). Escala común para todas las figuras.

De acuerdo a lo expuesto anteriormente es congruente interpretar que los líticos descritos y los otros elementos asociados (restos de fauna) representan un depósito alóctono de origen antrópico. En la base expuesta por la retroexcavadora (ver Fig. 2b) afloran clastos irregulares (posiblemente un depósito glaciar) que se distingue de los clastos del rasgo (redondeados). A unos 25m se ubican la playa, y a unos 50m un arroyo, donde guijarros similares a los vistos en el rasgo afloran en superficie. Es probable que éstos hayan sido seleccionados y re-transportados desde alguna de estas fuentes cercanas.

MACROFAUNA

En contacto con los clastos se reconoce un depósito fragmentario dominado por moluscos bentónicos (Figs. 4b y c): cholgas (*Aulacomya atra*) y choritos (*Mytilus chilensis*). Algunas de las valvas muestran apilamiento por su concavidad (Fig. 4a), evidenciando el desconche y una particular forma de descarte dirigido. Cholgas y choritos se hallan frecuentemente en el submareal somero, adheridos al sustrato rocoso a través de un manojo de filamentos proteicos llamado biso. Su recolección se realiza normalmente por buceo.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barra, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

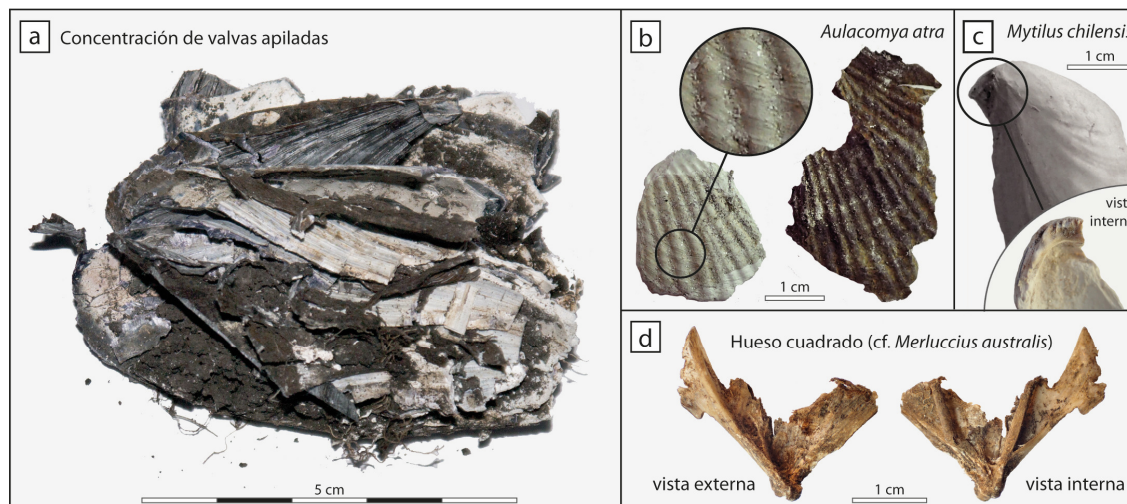


Figura 4. Algunos de los restos arqueofaunísticos recuperados del rasgo *in situ*. a) concentración de valvas apiladas por su concavidad. b) Resto fragmentario de valva y periostraco de cholga (*Aulacomya atra*), con detalle de las líneas de crecimiento y ornamentación radial propias de su superficie. c) Resto fragmentario de chorito (*Mytilus chilensis*), con vista interna del área apical. d) Hueso cuadrado derecho parcialmente preservado de merluza (cf. *Merluccius australis*).

Estos mitílidos, junto con otros como el choro zapato (*Choromytilus chorus*), son abundantes en los fiordos de la Patagonia occidental, encontrándose por lo general en grandes bancos. Su extracción suele asegurar una importante ingesta de nutrientes.

Otro elemento (reconocido entre las valvas) corresponde a un único hueso cuadrado desarticulado de merluza (cf. *Merluccius australis*), un pez de hábitos demersales (de aguas más profundas y cercanas al fondo) común en la zona austral de fiordos (Fig. 4d). El tamaño del hueso indica un adulto. La falta de otros restos diagnósticos complementarios y el estado de preservación dificultaron la asignación taxonómica. No obstante, la amplia distribución de *M. australis* en Patagonia - 40°S a 49°S - (Cohen *et al.* 1990), llegando incluso los 50°S (Guissi *et al.* 2016), sugiere que se trate de dicha especie respecto de otras concentradas más al norte, a partir de los 41°S, como *Merluccius gayi* (Aguayo-Hernández 1995; Hernández *et al.* 2000; Gatica *et al.* 2015). Independiente de lo anterior, la especie en cuestión es sin lugar a dudas un gadiforme demersal, algo que tendremos en cuenta durante la discusión.

Los restos recuperados del rasgo *in situ* no muestran signos de carbonización o de exposición directa al fuego.

FECHADOS ¹⁴C

Sade (2013) y Sade *et al.* (2015, 2016) reportaron dos dataciones por AMS sobre espículas de carbón del perfil sur y este, además de una datación directa sobre una valva de cholga (*Aulacomya atra*), extraída directamente

del rasgo principal. Las fechas calendario aquí reportadas difieren sutilmente de las originales debido a que se utilizó una calibración actualizada (Tabla 1).

Considerando el fechado sobre valvas y la desviación por reservorio (52±47), el rasgo se ubicaría como máximo a mediados del siglo XV, con una edad mínima que lo ubicaría a mediados del siglo XVII. Estimaciones DeltaR locales no son del momento disponibles. El valor interpretativo de las fechas por AMS deben ser tomadas con cautela debido a que se trata de espículas desvinculadas de un fogón, las que pudieron migrar verticalmente. Diferencias de laboratorio (LP y UCIAMS) también deben tenerse presente.

Tabla 1. Edades para el sitio EB-01. Fechados sobre espículas de carbón y sobre valva de *Aulacomya atra*. Este último, el único dato relativo al rasgo principal.

Material	Número Lab.	Edad ¹⁴ C (B.P)	Cal. A.D (95,4% conf.)
Valvas	LP-2989	460 ± 50	1411-1625
Carbón	UCIAMS132855	170 ± 25	1672-presente
Carbón	UCIAMS132856	125 ± 25	1697-presente

DISCUSIÓN

Previo al reporte del sitio EB-01, los antecedentes arqueológicos en el Fiordo Aysén eran conocidos sólo en



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

las islas adyacentes que se proyectan hacia el occidente y denominado el Archipiélago de los Chonos (Reyes *et al.* 2011; Reyes *et al.* 2015). Hacia el interior del Fiordo Aysén los únicos estudios arqueológicos disponibles se encuentran en el marco del Sistema de Evaluación Impacto Ambiental chileno, los que basados en inspecciones visuales señalaron la ausencia de componentes culturales (Vargas 2007; Lucero 2008; Energía Austral SPA 2009). Debido a esta presunción no se consideró la posibilidad de una ocupación anterior al proceso de colonización de Aysén en Ensenada Baja. Sin embargo, al rastrear los antecedentes históricos en busca de una posible ocupación indígena previa, la información resulta ser más esclarecedora.

En el *Diario de Viajes i Navegación* del padre jesuita José García (1889) [viajes entre 1766-1767] no indicó la existencia de habitantes hacia el interior del fiordo, pero sí señaló la presencia de un indígena Caucahue viviendo en una de las islas cercanas a la boca occidental del Estero Aysén (=Fiordo Aysén), donde también señala que ya habían algunas cabras. Previamente, a mediados del siglo XVII, el capitán Bartolomé Gallardo en su viaje de reconocimiento de las colonias inglesas en el sur [viajes entre 1674-1675], también señaló la presencia de indígenas capturados en la misma área geográfica (Gallardo 1886).

A finales del siglo XVIII, el navegante y cartógrafo español José de Moraleda [viajes entre 1786-1788] exploró el interior del fiordo llegando finalmente hasta el río Aysén, lo cual quedó consignado en un mapa (Moraleda 1888: 342, mapa anexo). Mencionó también que los indios Guaihuanes (=chonos?, de acuerdo a Simpson 1874: 71) venían anualmente desde Chiloé hasta las islas Guaitecas (norte de la región de Aysén) a la caza de lobos de mar para hacer allí charqui (carne ahumada seca) y extraer la grasa del animal. Con este antecedente Moraleda constató, al menos para dicho siglo, la movilidad de los grupos indígenas entre la Isla Grande y los archipiélagos de más al sur. Asimismo señaló que en dichas islas existían algunos manzanos (especie introducida desde Europa) plantados por indios, además de algunos vacunos y cabras. Finalmente, menciona algunos topónimos nativos del interior del Fiordo Aysén, dados por el indígena Pedro Yañá quien le acompañó en su viaje. Moraleda se internó en el río Aysén entre febrero y marzo de 1793 llevando consigo dos indígenas Chono, logrando ingresar hasta la primera porción del valle de Aysén, dejando un mapa inconcluso al no poder continuar río arriba. Así constató el conocimiento del área por los indígenas, al menos debido a causa de posibles excursiones ocasionales.

Casi un siglo más tarde sería el Capitán Enrique Simpson quien lograría remontar con éxito el río Aysén en busca de una entrada hacia los valles interiores [viajes entre 1870-1871]. En su travesía el capitán haría hincapié en la ausencia de habitantes en este remoto lugar (Simpson

1874). Luego de Enrique Simpson no habría nuevas exploraciones oficiales hasta 1896-1897, con los viajes a la Patagonia occidental del geógrafo alemán Hans Steffen.

De acuerdo a Steffen (1910: 76), previo al mencionado viaje de García [se refiere a otro viaje unos años antes], el padre jesuita Vicuña y el mismo García habrían ingresado efectivamente al Fiordo Aysén, y lo hicieron en compañía de un indígena que conocía hasta la boca del río ubicado en su extremo oriental. Si bien García no lo menciona en el diario de su segundo viaje, sí queda consignado en el mapa donde dibuja tres ríos, uno de los cuales se denomina Río de los Desamparados (= río Aysén). Los sacerdotes habrían recorrido el cauce hasta unas cuatro leguas río arriba (unos 19 km aprox.) detenidos por la escorrentía y las aguas más someras. Actualmente a esa distancia de la boca se ubican efectivamente una serie de rápidos no navegables que coinciden con la descripción señalada.

Hacia finales del siglo XIX ya había en la zona numerosos asentamientos de madereros chilotos procedentes de Chonchi (poblado al sur de Castro, capital de la Provincia de Chiloé), los que atraídos por la extracción de maderas se asentaban algunos meses en el lugar. Siguiendo la documentación de otros misioneros jesuitas, Steffen también menciona que el río Aysén ya era conocido desde mucho antes, en el siglo XVII, con el nombre de "Río de los Rabudos" debido a una supuesta nación de indios con cola que ahí vivían (Ovalle 1645 *fide* Steffen 1910: 74-75), y que una variante con el nombre de "Río de los Barbudos" habría sido utilizada para marcar la desembocadura del río a los 45°20'S en varios otros mapas de D'anville [1748], Falkner [1775] y Arrowsmith [1811]. Dicha posición geográfica es casi exacta a la que efectivamente corresponde al hito geográfico que marca la desembocadura. De la mención de indígenas con cola no se conocen más antecedentes, por lo que resulta difícil evaluar si fue parte de alguna ficción mitológica o si representa un hecho real (e.g.: vestimenta o efectivamente un cola vestigial).

De la presencia de nativos locales, los chonos y su modo de vida prácticamente se habían extinguido de manera violenta a manos de los hacheros chilotos a finales de siglo XIX, al tiempo en que otros habrían sido desplazados por los jesuitas hacia el interior de Chiloé e islas cercanas al Golfo Corcovado para su conversión religiosa. Los restantes habrían huido hacia el sur sin volver al archipiélago (Simpson 1874: 49). Ya para inicios de siglo XX aparentemente no quedarían más rastros de esta cultura, aunque remanentes genéticos podrían perdurar hasta el día de hoy entre los descendientes mestizos (ver discusión complementaria en García *et al.* 2004).

La evidencia etnohistórica muestra entonces datos relevantes que ameritan considerar la presencia indígena



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

(probablemente chonos) desde al menos mediados del siglo XVII y hasta finales del siglo XIX. Por su parte, los datos arqueológicos dan cuenta de un pasado prehispánico comprobado en las islas adyacentes al fiordo Aysén.

EDAD Y ADSCRIPCIÓN CULTURAL

El primer elemento a considerar, por la mayor precisión respecto del fechado convencional, son las dataciones por AMS sobre espículas de carbón tomadas del perfil sur y este. Las fechas 170+/- 25 B.P. (1672-presente cal.) y 125+/-25 B.P. (1697-presente cal.) deben ser tomadas con cautela pues no necesariamente son indicativas de una ocupación humana. Anomalías climáticas (incl. rayos) pueden generar incendios naturales que afectan el registro (ver discusiones de Veblen *et al.* 2008; Holz y Veblen 2009, 2011; Garreaud *et al.* 2014). Debe considerarse también que el pisoteo animal (observado en el sitio) y otras posibles alteraciones tafonómicas relacionadas con la formación de sitio pudieron modificar la estratigrafía, generando la migración vertical de espículas más recientes, por ejemplo de tiempos de la colonización donde la quema de bosque fue una práctica común ampliamente utilizada para despejar las áreas boscosas e introducir ganado. Si las muestras de carbón son efectivamente evidencia de actividad humana, los datos son de rango coincidente con la data en que Enrique Simpson ingresó por primera vez al río Aysén, y la época en que Hans Steffen señala la existencia de hacheros chilotas instalados en el área, también con el inicio de la colonización sistemática en Aysén (S. XX). La fecha más joven, 125+/-25 B.P. (1697-presente cal.), coincide también con la materialidad de los objetos modernos recuperados en el hameo de material descontextualizado, tales como: loza, vidrio, ladrillo, tijeras, clavos, etc. (Sade 2013; Sade *et al.* 2016). Desafortunadamente el presente estado de la curva de calibración no ofrece un resultado más acotado. De igual modo, la fecha calendario máxima obtenida por AMS (1672 Cal. A.D, 95,4% conf.) es muy próxima a la edad mínima obtenida sobre valvas en el rasgo *in situ*.

El fechado obtenido para rasgo en cuestión, de 460+/-50 B.P. (1411-1625 cal.), es un dato tomado directamente de las valvas en estratigrafía. Su edad debiera representar la de todos los elementos asociados espacial y estratigráficamente (clastos termofracturados, trazas de fuego y restos alimenticios).

Al considerar el efecto reservorio promedio (52±47), las fechas por AMS y convencional se traslapan durante la segunda mitad del siglo XVII. La evidencia sugiere por tanto la existencia de al menos una ocupación antigua en el extremo oriental del Fiordo Aysén, mucho antes de los primeros reportes de colonos y haceros Chilotas. La fecha máxima (1411 cal.) obliga a considerar que dicho rasgo sea incluso prehispánico.

De todos los grupos históricos posibles para una adscripción cultural, los aónikenk (tehuelches) de la Patagonia oriental son los menos probables. Si bien, implementaron la técnica de cocción con piedras calientes (Musters 2014 [1841-1897]; Greenwood 2015) y la etnia coincide en su rango de distribución latitudinal hacia el este de EB-01, el "chasquín", nombre del guiso aónikenk corresponde a una preparación que emplea la técnica de manera diferente. El lonko mapuche Pascual Coña recuerda en su viaje realizado a las pampas en 1882, que para cocer la carne de ñandú se usaba el cuero del ave a modo de bolsa y en la cual se colocan los trozos de carne junto con las piedras, cerrando bien el cuero para no dejar escapar el calor (Moesbach 1930). A la fecha, no se conocen antecedentes arqueológicos confirmados acerca de un posible el contacto con la costa pacífica a esta latitud, como para considerar además que dicha evidencia haya sido materializada en la forma de un cocimiento del tipo curanto. Esto no debería ser descartado *a priori*. Posibles vías de contacto interétnico son posibles a través de las cuencas hidrográficas de los ríos Cisnes, Aysén y Baker, las que podrían haber conectado la estepa del oriente con el litoral de Aysén (o viceversa).

¿Fueron chilotas? Si bien es la posibilidad más resonante, hay que considerar con la debida atención que el primer avistamiento de la Isla de Chiloé ocurrió recién en 1540 por el español Alonso de Camargo, quien al mando de la única de tres naves que logró sobrevivir a las tempestades y al paso del Estrecho de Magallanes, documentó la isla en su viaje rumbo al Perú. Posteriormente se realizaron otras exploraciones europeas, pero fue sólo cuando en febrero de 1567 Martín Ruiz de Gamboa funda la ciudad de Castro y en marzo de ese mismo año la villa de Chacao, que Chiloé se incorpora al dominio hispano (Barrientos 2013). Aunque los españoles la denominaron originalmente "Nueva Galicia", fue la adaptación de la palabra en mapudungun "Chillwe", que quiere decir lugar de Chelles (un pequeño gaviotín, *Chroicocephalus maculipennis*) común en las playas y lagos de la isla (Cavada 1910), la que finalmente prevaleció como su nombre oficial. Más adelante, esta nueva identidad, la 'chilota', surgiría de la fusión de elementos heterogéneos propios del mestizaje entre los indígenas (varias etnias), chilenos, colonos españoles y otros europeos. La Provincia de Chiloé se crearía por ley recién en el Siglo XIX, el 30 de Agosto de 1826 (Espinoza 1897), casi tres siglos después de su descubrimiento europeo.

No descartamos que los autores de este 'curanto antiguo' en EB-01 pudieron haber sido individuos de una etnia cuya distribución alcanzara Chiloé. Durante el primer periodo español (mitad del siglo XVI) no se conocen antecedentes de incursiones hacia las costas orientales del Fiordo Aysén.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849



Figura 5. a) “Curanto en hoyo chilote”, con motivo de celebración por la inauguración de un nuevo puente. Registrado por uno de los autores (LPB) en junio de 2018 en la localidad de Buill (Península Huequi, Comuna de Chaitén). Esta preparación incluyó, además de los mariscos: papas, carne de cerdo, pollo, milcaos y chapaleles. La cobertura empleada para la cocción fueron sacos sobre cubiertos por tierra y pasto, lo cual fue retirado para dar lugar al consumo. El grupo se aglomera alrededor del curanto para para iniciar el desconche. El descarte es dirigido hacia el interior. Un curanto de este tamaño alimentó cerca de 30 personas. b) detalle ampliado del curanto. Muestra el elemento fundamental y dominante en esta preparación, las cholgas (*Aulacomya atra*). En contacto con los alimentos se observan los clastos que fueron seleccionados por tamaño y retransportados desde el río Buill (a unos 30 m). Estos muestran evidentes cambios de coloración (marrón y gris oscuro) debido a la acción del fuego, brasas y humo. El tamaño máximo de los clastos bordea los 20 cm. No se utilizaron gravas ni otras granulometrías inferiores.

También los Payos (=Chonos de Chiloé) habrían hecho curantos (Cárdenas *et al.* 1991: 96). Ya en el siglo XVII algunas menciones señalan incursiones cortas y rápidas desde la Isla Grande hacia el sur, atravesando el Golfo Corcovado hacia las Guaitecas y los archipiélagos, cuyo objetivo era la captura de individuos para ser vendidos (las malocas), pero no de reconocimiento geográfico ni cartográfico (Urbina 2014: 23-24). Aunque algunos indígenas de la Isla Grande hubieran remontado cerca de 400 km de navegación que separan Chiloé del sitio EB-01, el concepto identitario chilote aun no existía.

Tomando en consideración la data y las características elementales de este ‘curanto antiguo’ de EB-01 es necesario evaluar una posibilidad más parsimoniosa. Un escenario probable sugiere que se haya tratado de indígenas locales que habitaban o incursionaban al interior del Fiordo Aysén. En función de los elementos descritos, el modo de vida de dicho pueblo debió incorporar la recolección de recursos bentónicos intermareales y submareales (buceo), además del conocimiento de técnicas de pesca y por supuesto la navegación. También debieron conocer el uso de piedras calientes para la cocción de ciertos alimentos.

En dicho escenario plausible la alimentación de los chonos es consistente con la descripción anterior: habitaron desde el archipiélago desde Chiloé hasta los fiordos australes entre los 43°S y 48°S; incluyeron como parte fundamental de su dieta mariscos y pescados;

desarrollaron activamente la navegación; y el uso piedras calientes fue reportado efectivamente por Cooper (1988 [1946]), quien al menos documentó su uso para cocer el pescado. Esto también es mencionado por Barros (1975: 58). Por otra parte, Sade *et al.* (2016) describieron en EB-1, un lítico tallado y pulido registrado junto con los otros restos históricos descontextualizados. Aunque no es posible esclarecer si este material se relaciona estratigráficamente con los del curanto, es una evidencia de patrones culturales prehispánicos en Ensenada Baja que resultan ser coincidentes con los reportes históricos sobre la presencia Chono al interior del Fiordo Aysén.

Desafortunadamente la documentación específica sobre la alimentación de los chonos es muy vaga como para tener mayor claridad respecto de posibles curantos como una técnica ancestral. El jesuita Juan Bautista Ferrufino aseveró “no comen más que marisco crudo”, y que por ello presentarían problemas de pigmentación (*vide* Urbina 1988). Esta aseveración nos parece ser una conclusión apresurada. Los registros sobre este pueblo nómada, hoy extinta en su forma cultural, son extremadamente escasos y la mayor parte del territorio insular sigue estando apenas explorado desde el punto de vista arqueológico. Nosotros estamos más de acuerdo con el planteamiento de Cárdenas *et al.* (1993: 118) quienes señalan que “...sería muy extraño que no hayan practicado el cocimiento del marisco a través del sistema de piedras calientes o curanto, como se le llamó en mapuche y veliche.”



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barra, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

CURANTOS Y EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Comparado con otros rasgos, la arqueología aporta poca evidencia respecto del reconocimiento de curantos antiguos (s. *str.*). Esto no necesariamente implica una baja frecuencia, o su inexistencia en sitios arqueológicos al sur de Chiloé, bien puede vincularse a la escasez de estudios con este enfoque y/o a la limitada comprensión de indicadores diagnósticos singulares que lo diferencien de un conchal y un fogón típico.

Dentro de las escasas referencias sobre este tema, Rivas *et al.* (2000) describen una concentración de cantos rodados registrados en el sitio Puente Quilo, al norte de Chiloé. Si bien concluyen que no se trataría de un curanto, se desprende de la discusión una directriz general de lo que se esperaría encontrar en tal caso: una excavación subsuperficial, la acumulación de cantos rodados en un espacio acotado, trazas de fuego y restos alimenticios.

Rivas y Ocampo (2005) reinterpretan dicho rasgo como un curanto de entre 6.100-5.000 a.p., mencionan también otros de 11.500±90 a.p., 1830±45 a.p. y 495 a.p. Sin embargo, las imágenes proporcionadas permiten notar que en algunos casos (sitios Puente Quilo y Playa Nal Alto), existen importantes diferencias granulométricas entre los clastos expuestos, más bien el depósito parece ser de tipo conglomerádico, pobremente seleccionado. Esto difiere de nuestras propias observaciones sobre la preparación de un curanto (Fig. 5), en particular en la selección manual con dominancia de clastos entre ca. 7 y 20 cm. Es posible que dichos antecedentes requieran una revisión para confirmar su asignación.

Existen entonces algunas características básicas a considerar: i) El curanto (s. *str.*) será excavado sobre el estrato natural superficial, existiendo poca o ninguna superposición entre rasgos, tal como ocurre en un fogón el cual es constantemente reacomodado. El curanto usualmente es abandonado luego de su uso. ii) En un curanto los clastos están particularmente bien seleccionados, especialmente por tamaño. iii) Clastos y restos de fauna están siempre asociados en un área discreta, bien acotada. Las dimensiones totales son variables, limitado al tamaño del grupo humano que lo ejecuta. Curantos de gran tamaño, preparado para decenas de personas son comunes actualmente en Chiloé (Fig. 5), pero curantos pequeños son también frecuentes, alimentando a un único grupo familiar (Fig. 6). iv) La termofractura de clastos no es una condición diferencial por sí misma, esta también ocurre en fogones. Su ausencia también puede ocurrir en curantos. Se requiere de condiciones ambientales particulares que favorezcan cambios de temperatura bruscos y significativos, a la vez que influye el tipo de litología. v) En un curanto los restos alimenticios descartados están en cantidades más bien bajas, comparado con un conchal donde estos tienden a concentrarse en cantidades

mayores, pudiendo alcanzar incluso niveles de potencia métrica. Los conchales pueden dar cuenta de una serie temporal amplia reflejo de una actividad intensiva de desconche hasta por varias generaciones en un mismo sitio. En cambio en un curanto, los restos alimenticios están limitados temporalmente al evento de cocción puntual. vi) La carbonización de los alimentos. Esta evidencia se ajusta mejor a la encontrada en fogones típicos, donde los alimentos son expuestos directamente al fuego. En un curanto, la cocción se genera a partir del calor capturado por las piedras, sin un fuego directo. De igual forma restos de brazas pueden generar alguna carbonización.

¿Cobertura con hojas nalcas? la cobertura es esperable en el contexto de un curanto. Su uso hace más efectiva la cocción extendiendo la duración del calor, graduando su intensidad y reteniendo gran parte de la humedad generada. Parece ser una importante innovación técnica. Desafortunadamente, su registro arqueológico resulta ser poco probable debido a que el consumo requiere necesariamente que esta sea retirada. En la actualidad, en algunos lugares de Chiloé y zonas aledañas, la cobertura de nalcas es reemplazada por el uso sacos que cumplen la misma función (caso en la Fig. 5). Dado que la cocción se realiza en ausencia de fuego directo, el uso de un cuero como alternativa es una posibilidad abierta para tiempos prehispánicos, incluso para tiempos históricos. El cuero fue uno de los subproductos de la alimentación más abundantes entre los cazadores recolectores de esta zona austral del país.

CONCLUSIONES

El curanto se presenta como un rasgo singular, poco explorado en la arqueología de la Patagonia. Posee características propias que lo diferencian de un conchal y fogón típico. En su forma básica se le reconoce como un depósito alóctono de origen antrópico, bien acotado, inserto en una matriz perturbada, conformado por numerosos clastos seleccionados con trazas de fuego y eventual termofractura, asociado a un depósito de restos alimenticios dominado por moluscos, no calcinados.

Clastos termofracturados por sí solos no describen un curanto, estos pueden hallarse en fogones. Restos de carbón podrían tener una explicación ambiental. Depósitos acotados de conchas y otros restos alimenticios tampoco los son de manera aislada. La interpretación de curantos requiere del análisis detallado de la asociación, incluyendo los elementos materiales (clastos y fauna), las trazas de fuego, sus dimensiones y límites del rasgo.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar



Figura 6. Curanto familiar o curanto pequeño, limitado al tamaño del grupo humano que lo ejecuta. El curanto usualmente genera excedentes. Estos serán consumidos a posteriori en la forma de cuelgas secas o ahumadas. Fotografía sin fecha, recuperada de pobladores en la localidad de Melinka. Gentileza J. Gómez y K. Sade, proyecto “Rescatando el patrimonio fotográfico de las Guaitecas”, Red Cultura-CNCA Región de Aysén.

Para el rasgo registrado *in situ* del sitio Ensenada Baja 01, las evidencias resultan ser consistentes con la técnica de elaboración del curanto, por lo que aceptamos la asignación de Sade (2013) y Sade *et al.* (2015, 2016). Sin embargo, comparado con la composición alimentaria del popular “curanto chilote”, este muestra ser una forma más bien elemental, incluyendo únicamente mariscos y pescados nativos. Lo anterior resulta ser consistente con la edad mínima estimada para mediados del siglo XVII, y una máxima que podría ubicarlo a mediados del siglo XV (prehispánico). Las consideraciones y limitantes sobre los fechados no permiten descartar que este sea algo más joven.

Siguiendo la información taxonómica y ecológica que aportan los restos alimenticios recuperados, bancos de Cholgas y Choritos, comunes en la zona, pudieron haber sido explotados a pie durante la baja marea, o extraídos por buceo. Por su parte, el consumo de peces demersales apunta al conocimiento específico de algún tipo aparejo de pesca, necesario para la captura de especies de profundidad, fuera del alcance por buceo. Probablemente una línea de pesca con anzuelo. No obstante, téngase presente que como que otros gadiformes, *Merluccius australis* habita profundidades de entre 60 y 600 m, llegando incluso hasta los 800m (Cohen *et al.* 1990), pero eventualmente pueden subir a profundidades más someras. Patrones de migración diurna-nocturna también han sido documentados (Gatica *et al.* 2015) y varazones ocasionales pueden darse lugar en condiciones ambientales muy particulares (e.g.: cambios en la mínima de oxígeno).

La ausencia de carbonización en los restos alimenticios, en un contexto donde hay claras evidencias de fuego,

apuntan a un cocimiento lento, a temperatura controlada, sugiriendo el uso de una posible cobertura para controlar este proceso (¿hojas de nalca o cuero?).

Basado en la información recuperada de este ‘curanto antiguo’, la organización del proceso productivo en relación a la formación de sitio puede sintetizarse de la manera siguiente:

1. Preparación de una oquedad en el suelo. Selección manual y re-depositación de las piedras.
2. Elaboración del fuego. Retiro de los excedentes de brazas y carbón. Eventual termofractura de clastos.
3. Agregado de mariscos y pescado (vegetales no se descartan).
4. Posible puesta de una cobertura vegetal, o cuero.
5. Cocción a partir de la radiación del calor capturado por las piedras.
6. Retiro de la probable cobertura.
7. Consumo y descarte dirigido (e.g.: apilamiento de valvas al interior).
8. Enterramiento, compactación y descomposición parcial.
9. Deformación del contexto preservado (e.g.: por pisoteo animal).

Según lo expuesto, los chonos resultan ser el grupo cultural más probable para una adscripción. La Figura 7 recrea como pudo haber sido este curanto.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849



Figura 7. Interpretación/recreación ilustrada de un posible curanto Chono en Ensenada Baja (oriente del Fiordo Aysén). Incluye los ingredientes básicos en la preparación: moluscos (cholgas, choritos), algunos pescados; vegetales también podrían haber sido incorporados. Los alimentos son cocidos en una oquedad en el suelo a través del uso de piedras calientes. Una eventual cobertura pudo haber sido ocupada empleando hojas de nalca, o cueros. Los alimentos eran transportados y almacenados temporalmente en cestas (e.g.: de junco, *Marsippospermum grandiflorum*, *Juncus procerus* o *Typha angustifolia*). Al fondo se aprecia un fogón típico, un componente diferenciable del curanto (s. str.).



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

De momento no existe claridad si el uso de piedras calientes responde a la transmisión de un conocimiento foráneo o si surgió de manera independiente como un descubrimiento propio entre los pueblos de Chiloé al sur. El uso de esta técnica es bien conocida en otras culturas (e.g.: del Altiplano, Polinesia y de Patagonia oriental).

Independiente de su origen, es necesario considerar que sería recién después de la colonización hispana y la formación del territorio de Chiloé, que esta particular técnica habría adquirido su configuración alimentaria actual, con la incorporación de una amplia variedad de productos introducidos desde Europa tales como: carnes de cerdo, vacuno, habas, arvejas, además de las preparaciones de masa que incluyen harina de trigo (chapaleles). En consecuencia, el actual “curanto chilote” resulta ser una receta derivada posterior (post-contacto), cuyos orígenes se remontarían al uso de piedras calientes entre cazadores recolectores nómades (como los chonos), con un uso probablemente extendido en los canales australes.

Aún falta mucho por avanzar en este tema. Revisiones y especialmente nuevas exploraciones arqueológicas son requeridas. Es necesario un enfoque crítico, teniendo especial atención en las características que definen a este singular “fogón tipo curanto”. Otros curantos arqueológicos, mejor preservados, podrían ayudar a establecer la historia de esta particular forma de cocción. La adición de nuevos análisis (e.g.: arqueobotánicos) también podrían ayudar a recoger evidencias que apunten al consumo ancestral, por ejemplo, de productos vegetales como papas nativas.

Esperamos que esta sencilla contribución incentive la exploración y el re-análisis de una de las formas de cocción más significativa en identidad y sentido de pertenencia, patrimonio de la zona austral de Chile.

Agradecimientos

Al Sr. Augusto Cornejo, encargado de la colección de peces del Área Zoología de Vertebrados (MNHN), por su ayuda en la comparación del resto íctico. A Lorena Becerra (U. Oxford) y al Dr. Ricardo De Pol-Holz (GAIA-UACH), por el apoyo brindado en la actualización e interpretación de los fechados. A la Sra. Marisol Mera Cárcamo (cocinera de curantos) por su detallada revisión de la técnica de preparación del curanto chilote. Al Biólogo Marino Oliver Alarcón y al Profesor Ciro Oyarzún (U. de Concepción) por las recomendaciones relativas a la fauna demersal. LPB: A mi amigo Edgardo Contreras, por tenerme tanta paciencia y por su dedicación casi monacal en la ilustración del “curanto chono”. Al zoólogo Felipe Suazo (U. Chile), por sus gentiles comentarios. A Juana Martel (UACH) por su orientación paleoambiental. A Felipe Ortiz (UNAB), por facilitar de manera indirecta el registro de una auténtico “curanto en hoyo chilote”, acontecido durante su terreno exploratorio a la Península Huequi. Al Arqueólogo Kémel Sade

(Consultora Caucahue) por su significativa contribución crítica al manuscrito. A Ignacio Wichmann (U. Católica), Milka Marinov (MNHN) y Anamaria Rojas-Múnera (Uach) por su ayuda en la traducción del resumen. A Verónica Silva (Curadora, MNHN) y Evelyn Sepúlveda (colaboradora MNHN) por sus comentarios y entusiasmos. Al Dr. Francisco Garrido (Curador, MNHN) por su apoyo en la revisión.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguayo-Hernández M. (1995) Biology and fisheries of Chilean hakes (*M. gayi* and *M. australis*). In: Alheit J., Pitcher T.J. (eds) Hake. Chapman & Hall Fish and Fisheries Series, vol. 15. Springer, Dordrecht.
- Bahamonde, R. (2017). El contexto cultural de la papa en Chiloé. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam. 27pp.
- Barrientos, P. (2013). Historia de Chiloé, 3ra edición. Ediciones Museo Regional de Ancud, Chiloé. 250 pp. (Primera Edición: 1932).
- Barros, A. (1975). Aborígenes australes de América. Editorial Lord Cochrane, Santiago. 63 pp.
- Breuer, S., Kilian, R., Schörner, D., Weinrebe, W., Behrmann J. y O. Baeza. (2013). Glacial and tectonic control on fjord morphology and sediment deposition in the Magellan region (53°S), Chile. *Marine Geology* 346: 31-46.
- Bronk Ramsey, C. (2009). Bayesian analysis of radiocarbon dates. *Radiocarbon* 51 (1): 337-360.
- Cárdenas, R., Montiel, D. y C. Hall. (1991). Los Chono y los Veliche de Chiloé. Renato Cárdenas y Catherine Hall Editores. Santiago de Chile. 277 pp.
- Cavada, F. (1910). Apuntes para un vocabulario de provincialismos de Chiloé (República de Chile): Precedidos de una breve reseña histórica del archipiélago. Punta Arenas. 155 pp.
- Cavada, F. (1921). Diccionario manual isleño. Provincialismos de Chiloé (Chile). Santiago de Chile. 136 pp.
- Cohen, D., Inada, T., Iwamoto, T. y N. Scialabba. (1990). Gadiform fishes of the world (Order Gadiformes). An annotated and illustrated catalogue of cods, hakes, grenadiers and other gadiform fishes known to date. *FAO fisheries synopsis* 10 (125).
- Cooper, J. (1988). Los Chonos. In: Chiloé, Revista de Divulgación del Centro Chilote 9:19-28. (Este artículo “The Chono” fue publicado originalmente en



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

- Handbook of South American Indians. Bull. 143, Vol. I: The Marginal Tribes. Washington 1946: 47-54)
- Delpiani, S., González-Castro, M. y J. Díaz de Astarloa. (2012). El uso de otolitos y huesos de la cabeza para la identificación de dos especies del género *Merluccius*, en estudios de predador-presa. *Revista de Biología Marina y Oceanografía*. 47 (2): 351-357.
- Energía Austral Spa. (2009). Estudio de Impacto Ambiental. Central Hidroeléctrica Río Cuervo. Disponible en www.sea.cl
- Espinoza, E. (1897). Jeografía descriptiva de la República de Chile. 4ta edición. Imprenta i encuadernación Barcelona, Santiago. 494 pp.
- Falabella, F., Meléndez, R., y M. L. Vargas. (1995). Claves osteológicas para peces de Chile central. Un enfoque arqueológico. Editorial Artegrama, Santiago. 208 pp.
- Gajardo R. (1994). La vegetación natural de Chile. Clasificación y distribución geográfica. Editorial Universitaria, Santiago. 165 pp.
- Gallardo, B. (1886). Expedición de Bartolomé Gallardo. In: Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile. Año XI. 68 pp.
- García, J. (1889). Diario del viaje i navegación hechos por el padre José García de la compañía de Jesús. Desde su misión de Cailín, en Chiloé, hacia el sur en los años 1766-1767. In: Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile.
- García, F., Moraga, M., Vera, S., Henríquez, E., Llop, H., Ocampo, C., Aspillaga E. y F. Rothhammer. (2004). Origen y microdiferenciación de la población del Archipiélago de Chiloé. *Revista Chilena de Historia Natural* 77: 539-546.
- Garreaud, R., Nicora, G. Bürgesser, R. y E. Ávila. (2014). Lightning in Western Patagonia. *Journal of Geophysical Research: Atmospheres* 119: 4471-4485.
- Gatica, C., Neira, S., Arancibia, H. y S. Vásquez. (2015). The biology, fishery and market of Chilean hake (*Merluccius gayi gayi*) in the Southeastern Pacific Ocean. In: Chapter 5. Hakes: Biology and Exploitation. Ed.: Arancibia H. p. 126-153.
- Gil, J. (1944). Charles Darwin, Viaje de un naturalista alrededor del mundo. [Basado en Robert Fitz-Roy: Narrative of the Surveying of H.M.S. Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836]. Librería el Ateneo, Buenos Aires, Argentina. 618 pp., 77 láms.
- Giussi, A. Gorini, F. y E. Di Marco. (2016). Biology and fisheries of Southern hake (*M. australis*) in the southwest Atlantic Ocean. *Rev. Ivest. Desarr. Pesq.* 28: 37-53.
- Glasser, N.F., S. Harrison, V. Winchester y M. Aniya (2004). Late Pleistocene and Holocene palaeoclimate and glacier fluctuations in Patagonia. *Global and Planetary Change* 43: 79-101.
- Greenwood, W. (2015). Patagonia Bravía. Naturaleza, vidas y aventuras. Memorias originales del baqueano William H. Greenwood. Eds. Grace-Paz G. y D. Campbell, Santiago de Chile. 317 pp.
- Hernández, C. Galleguillos, R. y C. Oyarzún. (2000). Diferenciación genética de *Merluccius gayi gayi* y *Merluccius gayi peruanus* (Pisces, Merlucciidae) y antecedentes paleogeográficos de su área de distribución. *Revista chilena de historia natural*. 73: 23-29.
- Hogg, A.G., Q. Hua, P.G. Blackwell, M. Niu, C.E. Buck, T.P. Guilderson, T.J. Heaton, J.G. Palmer, P.J. Reimer, R.W. Reimer, C.S.M. Turney y S.R.H. Zimmerman. (2013). SHCal13 Southern Hemisphere calibration, 0–50,000 years cal BP. *Radiocarbon* 55 (4): 1889-1903.
- Holz, A. y Veblen, T. 2009. *Pilgerodendron uviferum*: the southernmost tree-ring fire recorder species. *Ecoscience* 16: 322-329.
- Holz, A. y Veblen, T. 2011. Variability in the Southern Annular Mode determines wildfire activity in Patagonia. *Geophysical Research Letters* 38: L14710.
- Lucero, V. (2008). Informe de inspección de patrimonio cultural proyecto Friosa-Planta Aysén, Aysén, XI Región. POCH Ambiental. 15 pp. www.sea.gob.cl
- Merino-Campos, V. De Pol-Holz, R., Southon, J., Latorre, C. y Collado-Fabbri, S. (Sometido). Marine radiocarbon reservoir age along the Chilean continental margin. *Radiocarbon*.
- Moesbach, E. (1930). Vida y costumbres de los indígenas en la segunda mitad del siglo XIX. Imprenta Universitaria, Santiago. 464 pp.
- Moraleda, J. (1988). Exploraciones geográficas e hidrográficas practicadas por don José de Moraleda i Montero, Alferez de fragata, primer piloto de la armada. Viajes entre 1786-1788. In: Exploraciones geográficas e hidrográficas de José de Moraleda i Montero, precedida de una introducción por don Diego Barros Arana. Imprenta Nacional, Santiago. 545 pp. 1 mapa.



Un curanto arqueológico en Fiordo Aysén (45°S)

Pérez-Barría, L., S. Escobar y M.A. Azocar

Aysenología 5:5-19 Año:(2018)
Versión impresa ISSN 0719-7497
Versión online ISSN 0719-6849

- Musters, G. (2014). Vida entre los patagones. Un año de excursiones desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro 1869-1870. Septiembre Ediciones, Santiago de Chile. 371 pp.
- Pérez, J. (2004). Evaluación de la diversidad genética de papas nativas (*Solanum tuberosum* L. ssp. *tuberosum* Hawkes) silvestres y cultivadas del sur de Chile, mediante el uso de marcadores microsatélites. Tesis. Universidad Austral de Chile. Facultad de Ciencias Agrarias. 93 pp.
- Reyes, O., Moraga, M. y E. Aspillaga (2013). El registro bioantropológico y las evidencias de ocupación en el Archipiélago de Los Chonos (Región de Aysén, Chile). Avances en la arqueología de los canales septentrionales del extremo sur. In: Tendencias Teórico-Metodológicas y Casos de Estudio en la Arqueología de la Patagonia. Eds.: F. Zangrando, R. Barberena, A. Gil, G. Neme, M. Giardina, L. Luna, C. Otárola, S. Paulides, L. Salgán, and A. Tivoli. San Rafael, Argentina: Museo Historia Natural San Rafael. p. 227-232.
- Reyes, O, Moraga, M, Méndez C. y A. Cherkinsky. (2015). Maritime Hunter-Gatherers in the Chonos Archipelago (43°50'–46°50' S), Western Patagonian Channels. *The Journal of Island and Coastal Archaeology* 10 (2): 207-231.
- Rivas, P., Ocampo, C. y E. Aspillaga. (2000). El sitio arqueológico Puente Quilo 1. Proyecto la humanidad Anterior. Informe técnico (inédito). 19 pp.
- Rivas, P. y E. Ocampo (2005). El antiguo curanto Chilote. In: Chile País Oceánico. Eds. G. Badal, M. Montanari, C. Santa Cruz y C. Altamirano. Ocho Libros Editores, Santiago. p. 70-71.
- Sade, K. (2013). Rescate arqueológico (Ex) sitio Ensenada Baja 1. Puerto Chacabuco (comuna de Aysén). Etapa 2. Hameo. Informe al Consejo de Monumentos Nacionales. 21 pp. Coyhaique. DOI: 10.13140/RG.2.1.4064.2326
- Sade, K., Mena, F., Osorio, M. y L. Pérez. (2015). Restos arqueológicos del Fiordo Aysén e Islas Adyacentes. Ponencia póster presentada al encuentro de la Red de Archipiélagos Patagónicos y de Turismo Científico. 15 de Agosto 2015: Coyhaique. DOI: 10.13140/RG.2.1.1860.5845
- Sade, K., Osorio, M. y L. Pérez. (2016). Chonos, curantos y hachas talladas en momentos de contacto en el Fiordo Aysén e islas adyacentes (Región de Aysén, Chile). MS. DOI 10.13140/RG.2.1.3939.0968.
- Simpson, E. (1874). Esploraciones hechas por la corbeta Chacabuco al mando del capitán de fragata don Enrique M. Simpson en los Archipiélagos de Guaitecas, Chonos i Taitao. Imprenta Nacional, Santiago. 72 pp.
- Spooner, D., McLean, K., Ramsay, G., Waugh, R. y G. Bryan. (2005). A single domestication for potato based on multilocus amplified fragment length polymorphism genotyping. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 102 (41): 14694-14699.
- Steffen, H. (1910). Viajes de exploración i estudio en la Patagonia occidental, 1892-1902, por el Dr. Hans Steffen. Anales de la Universidad de Chile, Tomo Segundo. 354 pp.
- Urbina, R. (1988). Los Chonos en Chiloé: Itinerario y Aculturación. *Chiloé, Revista de Divulgación del Centro Chilote* 9: 29-42.
- Urbina, X. (2014). Fuentes para la Historia de la Patagonia Occidental en el Período Colonial. Primera parte, Siglos XVI y XVII. Ediciones de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso. 25 pp.
- Urbina, X. (2016). Interacciones entre españoles de Chiloé y chonos en los siglos XVII y XVIII: Pedro y Francisco Delco, Ignacio y Cristóbal Talcapillán y Martín Olleta. *Chungara* 48 (1): 103-114.
- Vargas, M. (2007). Informe de inspección de patrimonio cultural Declaración de Impacto Ambiental Puerto OXNEAN, Puerto Chacabuco, XI Región. Anexo III, patrimonio cultural. POCH Ambiental Soc. Anónima. www.sea.gob.cl
- Veblen, T.T., Kitzberger, T., Raffaele, E., Mermoz, M., González, M.E., Sibold, J.S., Holz, A. (2008). The historical range of variability of fires in the Andean-Patagonian *Nothofagus* forest region. *International Journal of Wildland Fire* 17: 724-741.